

ya no habría que entenderse mas que con Carlos IV á quien seria facil arrancar el cetro, porque era incapaz de sostenerle en sus débiles manos, y la misma España no se encontraba tampoco muy dispuesta á dejar-le.

Mientras esto sucedía en España, Napoleon lo habia sabido todo á los seis ó siete dias, tiempo que se empleaba entonces en las comunicaciones desde Madrid á Paris. Del 23 al 27 supo la sublevacion de Aranjuez, la caida del favorito, y la abdicacion forzosa de Carlos IV. Esta solucion, la mas imprevista de todas, aunque no era la menos natural, le sorprendió pero sin desconcertarle. No habiéndose efectuado la apetecida marcha de la familia reinante, que hubiera dejado vacante el trono, el primer plan no era ya mas que una combinacion que habia abortado. Sin embargo, Napoleon vió en aquellos mismos acontecimientos un nuevo medio de conseguir su objeto, y este medio convenia exactamente con el que las circunstancias habian sugerido á Murat. Antes que llegasen á Paris las cartas en que éste proponia sus ideas, Napoleon imaginó el no reconocer á Fernando VII, cuya reciente soberania deseada por los españoles, seria dificil destruir, y considerar siempre como monarca á Carlos IV, porque su régia autoridad cadauca, gastada, y odiosa á sus súbditos seria facil derribar. Además, bajo la forma de una decision arbitral entre padre é hijo, se podia fallar en favor del padre, que indudablemente no tardaria mucho en ceder á Napoleon la corona de España, dirigido en su conducta por el principe de la Paz y la reina, quienes sobre todo tratarian de vengarse de Fernando. Por otra parte, si bajo pretesto de una

decision arbitral se conseguia inclinar á Fernando á que fuese á avistarse con Napoleon, era muy fácil apoderarse de su persona, y se allanaba mucho la dificultad, porque ya no quedarían mas que los ancianos reyes destronados, instrumentos cómodos en manos del que podria asegurarles el reposo que necesitaban sus cansados años, y la venganza que anhelaba su ulcerado corazon. Podia dejarseles por algun tiempo el cetro, y hacer que despues le cediesen en cambio de un retiro opulento y dulce, ó bien arrebatarsele al momento, aprovechándose del terror que les inspiraba una revolucion naciente, y la aversion que les tenia un pueblo cansado ya de sus vicios.

Asi empeñado ya en esta senda peligrosa de conquista de un trono estrangero, sin emplear la guerra, medio legitimo cuando no se ha provocado, Napoleon de astucia en astucia se hacia cada vez mas culpable. Unos lo han atribuido á lo que llaman su perfidia natural, y otros á las imprudencias de Murat que le habia comprometido á pesar suyo. La verdad es como la presentamos aqui. Uno y otro guiados por la ambicion, é impulsados por las circunstancias, concurren segun su respectiva posicion á aquella obra inicua. El proyecto de no reconocer al hijo y de servirse del padre irritado con su rebeldia, tuvo simultáneamente su origen en Madrid y en Paris en la imaginacion de Murat y Napoleon, en vista de los acontecimientos. Y debia ser asi, porque una vez colocados en semejante situacion, no era dable otro modo de obrar (1).

(1) Lo que afirmo aqui se halla probado por las cartas de Napoleon y de Murat, por su contenido y sus fechas.

Napoleon llamó inmediatamente al general Savary, empleado ya en las mas temibles comisiones, y que en aquel momento regresaba de San Petersburgo, en donde como ya hemos visto, habia dado pruebas de la mayor sutileza y aplomo. Napoleon le reveló todos sus pensamientos con respecto á España, sus deseos de regenerarla y unirla á la Francia variando su dinastia, los obstáculos que resultaban de aquella empresa, alternativamente contrariada ó auxiliada por los acontecimientos, el nuevo aspecto que presentaba desde la revolucion de Aranjuez, y en fin, la posibilidad de llevarla á cabo, sirviéndose de Carlos IV contra Fernando VII. El emperador manifestó al general Savary su intencion de no reconocer al hijo, de aparentar un religioso respeto á la autoridad del padre, de mantener aquella autoridad el tiempo necesario para apoderarse de la corona, haciendo que se la trasmitiesen mas pronto ó mas tarde segun las circunstancias, y de sacar á Fernando VII de Madrid, llevándole á Burgos ó á Bayona, para asegurar su persona, y obtener de él la cesion de sus derechos mediante una indemnizacion en Italia, como por ejemplo la Etruria. Napoleon mandó al general Savary que se condujese con circunspeccion; que atrajese á Fernando á Bayona, con la esperanza de que se decidiese en su favor el litigio, pero que si se obstinaba publicase bruscamente la protesta de Carlos IV, declarase que solo él reinaba en España, y tratase á Fernando VII, como hijo y súbdito rebelde. Para ello debia preferir siempre los medios menos violentos (1). Napoleon dispuso que el general Savary

(1) Algunos han negado que el general Savary reci-

marchase al instante á Madrid, para descubrir por fin á Murat un secreto que se le ocultó con cuidado hasta entonces, y que habia muy bien previsto, pero que era necesario hacérsele conocer por un hombre seguro, que fuese capaz de dirigirle por el tortuoso sendero, en que el menor paso podia llegar á ser funesto. El general Savary partió al punto para ejecutar completamente y sin reserva la voluntad de Napoleon.

Sin embargo, en el ánimo de éste se efectuó uno de esos cambios repentinos, que asombran cuando no se conoce la naturaleza humana, y que suelen llamarse inconsecuencias, cuando se encuentran en un hombre de superioridad menos reconocida que la del personaje cuya historia escribimos.

biese esta orden y que se la diese Napoleon. Se ha supuesto que la deplorable escena de Bayona, fué efecto de la casualidad ó de los acontecimientos; que la familia real de España, padre, madre, hijo, hermano y tios, fueron por una especie de impulso involuntario á arrojar en brazos de Napoleon, quien viéndolos reunidos, no pudo resistir á la tentacion de apoderarse de sus personas. Yo no sé si Napoleon sería mas disculpable en esta hipótesis que en la otra. Sea como quiera, las pruebas existen y no dejan ninguna duda sobre este punto; y yo, que no quiero empañar en nada la gloria de Napoleon, diré aquí la verdad, como la dije en el negocio del duque de Engbien, por la sencilla y suprema ley de referir los hechos, cuando se escribe la historia, como han pasado. Anteriormente he dado á conocer los pensamientos de Napoleon sobre la invasion de España por el mismo orden que se fueron sucediendo; ahora refiero con exactitud segun documentos irrefragables, es decir, segun la correspondencia autógrafa que se conserva en el Louvre, la sucesion de sus ideas con respecto á la reunion de Bayona. Segun aquella

Aunque una especie de propension fatal le impulsaba á usurpar la corona de España, no se le ocultaba ninguno de los inconvenientes inherentes á tan deplorable empresa. Presentia muy bien la censura de la opinion pública, la indignacion de los españoles, su obstinada resistencia, y el ventajoso partido que de ella debia sacar la Inglaterra: conocia todos aquellos inconvenientes con asombrosa prevision, y sin embargo, obcecado, no sobre las dificultades, sino sobre su inmensa fuerza para vencerlas, impulsado por la pasion de fundar un nuevo orden en Europa, marchaba directamente á su objeto, aunque de vez en cuando le turbaba la aparicion súbita y pasajera de las mas siniestras imágenes. Un incidente mal comprendido hasta el dia, hizo nacer de repente uno de esos

correspondencia, no puede haber duda en que el general Savary recibió la mision que le atribuyo. Efectivamente, en cuanto llegó, escribió al emperador. *He dado cuenta de vuestras intenciones al principe Murat.* El principe Murat respondió al emperador: *Conozco por fin vuestras intenciones, y ahora todo se hará conforme á vuestros deseos.* En seguida, Murat refiere dia por dia todas sus gestiones para conducir á Bayona al hijo, y luego al padre, los hermanos y demas principes, arreglándose siempre á las intenciones de Napoleon, trasmitidas por el general Savary y otros agentes enviados despues. Las cartas del emperador contienen ademas la aprobacion de todos aquellos actos, primero con palabras enigmáticas, y despues con otras tan claras y terminantes que manda al mariscal Bessieres que prenda á Fernando VII si se resistiese á ir á Bayona. Asi es, que la resolucion de hacer marchar á los principes españoles á Bayona, no podria negarla Napoleon, como tampoco el general Savary la mision de conducirlos á aquella ciudad.

cambios accidentales, y le indujo por algunos momentos á dar órdenes contrarias á las que habia espedido anteriormente; órdenes que algunos historiadores mal informados han presentado como prueba de que Napoleon en el asunto de España, no habia querido lo que se hizo, y que habia sido precipitado y llevado mas lejos de lo que hubiera deseado, por la imprudente ambicion de Murat.

Entre los agentes de Napoleon que viajaban por España, se encontraba uno en quien con razon tenia completa confianza; Mr. de Tournon, su chambelan, de espiritu frio, poco inclinado á las ilusiones, y bastante adicto para decir la verdad. Era uno de aquellos hombres á quienes Napoleon enviaba con gusto á desempeñar una comision indiferente en la apariencia, como entregar una carta de felicitacion ó pésame, porque de paso observaba mucho y bien, y referia fielmente cuanto habia observado: Mr. de Tournon durante los últimos meses habia hecho algunos viages á España, para llevar á Carlos IV cartas de Napoleon. Habia juzgado de la Península, y de lo que en ella iba á suceder, con una sagacidad que los acontecimientos justificaron demasiado bien. Asi es, que conoció perfectamente que la antigua corte tocaba en el término de su dominacion; que se preparaba otra nueva corte adorada ya de los españoles; que era necesario atraerla por la necesidad que tendria de la proteccion francesa, guardarse muy bien de tomar la corona de España, por fuerza ó por astucia, porque se encontraria un pueblo fanático y una resistencia desesperada, y que las ventajas que podrían sacarse de semejante conquista, no compensarian los esfuerzos que habria que hacer para lle-

varla á cabo. Mr. de Tournon habia visto todo esto claramente, y en sus repetidos viages no habia tenido inconveniente en decirlo, tanto en presencia de Murat como de sus oficiales, amigos de empresas arriesgadas, que despreciaban profundamente al pueblo español, y que no creian pudiese resistirles, cuando los mejores soldados de la Europa les habian doblado la rodilla. Mr. de Tournon despues de ver durante su permanencia en Madrid, los preludios de la revolucion de Aranjuez y el entusiasmo del pueblo por el jóven rey, quedó convencido de que era una locura querer apoderarse de la España por medios directos ó indirectos, y que valia cien veces mas hacer de Fernando VII un aliado, que seria todavía mas sumiso que Carlos IV, porque ni el príncipe de la Paz ni la reina estarían á su lado para interponer en su sumision sus caprichos y sus rencores. Napoleon habia mandado á Mr. de Tournon que estuviese el 15 de marzo en Burgos, á donde él se proponia llegar en la misma época, y oír de boca de un hombre seguro, los pormenores de cuanto habia ocurrido. Mr. de Tournon atravesó, pues, para ir á Burgos, el cuartel general de Murat, no disimuló ni á él, ni á sus oficiales el temor que le inspiraba la empresa que se iba á acometer, se espuso á todas sus burlas (especialmente á las de Murat), y se trasladó á Burgos el 15, como se le tenia prevenido. Desde aquella ciudad eseribió á Napoleon suplicándole humildemente, pero con la constancia de un hombre honrado, que no adoptase ningun partido definitivo hasta no haber visto la España con sus propios ojos, sobre todo, que no se decidiese por lo que le dijese los militares, valientes,

pero atolondrados, que no soñaban mas que con batallas y coronas; que en España se sufrirían crueles desengaños y tal vez espantosos reveses. Esperó en Burgos hasta el 24, y viendo que no llegaba Napoleon, partió para Paris en donde no pudo entrar hasta el 29, aun apresurando su marcha todo lo posible, por el mal estado de los caminos y de los tiros de las paradas de postas con el escesivo uso que de ellos se hacia.

Como Murat no eseribió el 22 y 23 por hallarse ocupado en las disposiciones para su entrada en Madrid, Napoleon se encontró sin noticias el 28 y 29. Estaba muy desasosegado por no saber qué habia ocurrido en España, y en aquel estado de estremada inquietud, se inclinó por un instante á ver las cosas por el lado menos favorable. La imprevista llegada de un testigo ocular, prudente, bien informado, que contradecia con conviccion y desinterés las relaciones interesadas de los militares, la llegada de semejante testigo, produjo en Napoleon un repentino cambio de resolucion, desgraciadamente muy corto, porque apenas duró veinte y cuatro horas. El emperador participó de la ansiedad de Mr. Tournon al pensar que los franceses entraban en Madrid en los momentos criticos de una revolucion política; que con su petulancia natural se mezclarían en los partidos que dividian la Península, que provocarían una escision con los españoles, y le suscitarían dificultades inmensas, y quizá una guerra de esterminio con un pueblo feroz y entusiasta por su independencia. Inmediatamente eseribió á Murat diciéndole, que Mr. de Tournon le llevaría nuevas órdenes; que marchaba con demasiada precipitacion, y se habia

dado mucha prisa á presentarse á la vista de Madrid (Murat sin embargo habia mas bien retrasado que anticipado la época designada por Napoleon para entrar en la capital): que no solo conducia demasiado pronto su cuerpo de ejército sobre Madrid, sino que tambien era anticipado el movimiento del general Dupont al otro lado del Guadarama: que sabiendo el regreso de las tropas del general Taranco á Castilla la Vieja, no debia haber desguarnecido á Segovia y Valladolid; que era preciso tener gran cuidado en no mezclarse en los asuntos de los españoles, no tomar parte en sus disensiones, y evitar un rompimiento con ellos, porque semejante guerra seria funesta; que se equivocaria si creyese que no debia temerse á los españoles porque se encontraban desarmados; que ademas de su natural ferocidad tendrian *toda la energia de un pueblo nuevo, á quien las pasiones políticas no habian todavía gastado*; que aun cuando el ejército apenas se componia de cien mil hombres, y le era imposible resistir á las tropas francesas, se disolveria y marcharia á las provincias á *servir de núcleo para una insurrección eterna*: que como los clérigos, frailes y nobles comprendian muy bien que el objeto de los franceses no podia ser otro que el de reformar el antiguo estado social de España, se valdrian de toda su influencia para escitar contra ellos á un pueblo fanático; que la Inglaterra no desperdiciaria aquella ocasion para suscitar nuevos embarazos y crear dificultades inmensas; que era preciso no apresurar nada, y guardar entre el padre y el hijo una estremada reserva; que en cuanto al padre era imposible hacerle reinar mas tiempo, porque el gobierno de la

reina y del favorito habia llegado á hacerse insupportable á los españoles: que con respecto al hijo, era en el fondo enemigo de la Francia, porque participaba hasta el mas alto punto de todas las preocupaciones españolas, y que la aversion que se le suponía á la política de su padre (política de concesiones para con la Francia), contribuía en gran parte á la popularidad de que gozaba; que la esperiencia habia probado cuan poco debia contarse con los matrimonios para variar la política de los príncipes; que Fernando no tardaria mucho en ser enemigo declarado de los franceses; que sin embargo, no debia romperse con él, porque aunque muy mediano, la opinion pública le *tendria por un héroe*: que entre la imposibilidad de dejar reinar al padre, y el peligro de confiar en el hijo, era indispensable no apresurarse á elegir, y sobre todo no dejar que se adivinase el partido que se iba á tomar, lo cual era bien fácil, porque el mismo (Napoleon), *todavía no lo sabia*; que debia hacerse esperar una decision arbitral, favorable y desinteresada, y en cuanto á una entrevista con Fernando VII, no insistir en ella sino en el caso de que la Francia no pudiese prescindir de reconocerle: que en una palabra, la prudencia aconsejaba no aventurar ni precipitar nada: que el principe Murat debia guardarse mucho de las sugerencias de su interés particular; que Napoleon pensaria en él, siempre que él no se cuidase de sí mismo, y que la corona de Portugal estaria siempre á su disposicion, para recompensar los servicios del mas fiel de sus lugar-tenientes, y del que á todos sus méritos reunia la ventaja de ser esposo de su hermana.

Tales eran los sábios consejos que Napoleón bajo la influencia y por la mediación de Mr. de Tournon, iba á dirigir á su lugar-teniente, cuando despues de haber pasado dos dias sin noticias recibió cartas de Murat fechadas el 24, en que referia su entrada pacífica en Madrid, el excelente recibimiento que habia tenido, lo decididos que se encontraban los reyes padres á echarse en sus brazos, su presteza en protestar contra la abdicación del dia 19, y por último la facilidad de dejar el trono vacante, negándose á reconocer á Fernando VII, y colocando de este modo á la España entre un rey que habia abdicado, y otro que no era reconocido. Napoleón, que volvía á encontrar en su mano todos los medios de que creía hallarse privado pocos momentos antes, adoptó de nuevo el plan que la revolución de Aranjuez habia sugerido á Murat, y aun á él mismo, y confirmó las órdenes de que acababa de ser constituido depositario y ejecutor el general Savary, poco antes de la llegada de Mr. Tournon. En consecuencia, en nueva carta fecha del 30, Napoleón escribió á Murat, que aprobaba su conducta, que habia hecho muy bien en entrar en Madrid: pero que sin embargo era necesario evitar un rompimiento, impedir que se hiciese daño alguno al príncipe de la Paz, enviarle á Bayona si era posible, proteger á los soberanos, hacer que se trasladasen desde Aranjuez al Escorial, en donde estarían en medio del ejército francés, guardarse de reconocer á Fernando VII, y esperar por último la llegada de la corte de Francia á Bayona, á donde iba á dirigirse inmediatamente. Napoleón hizo partir sin tardanza á Mr. de Tournon sin entregarle la previsora carta cuyo análisis

acabamos de hacer (1), pero sin poderle ocultar la pasagera desaprobación que habia merecido la conducta de Murat, ni los cuidados que le causaban alguna vez las consecuencias posibles del asunto de España. Le volvió á enviar sin la carta, con la misión de continuar observándolo todo y de preparar sus alojamientos en Madrid. Napoleón mismo salió el 2 de abril para Burdeos, en donde queria permanecer algunos dias para recibir nuevas cartas de Murat y dar á todos aquellos á quienes de grado ó por fuerza habia de conducirse á Bayona, el tiempo bastante para ser atraídos y rendidos. Dejó en París á Mr. de Talleyrand para ocupar y entretener allí á los representantes de la diplomacia europea que tuvieran necesidad de ser aqueitados ó contenidos á cada correo que recibiesen de Madrid. Mr. de Tolstoy mas que ningun otro, reclamaba esta clase de cuidados. Napoleón llevó consigo al dócil y fiel Mr. de Champagny, del cual no tenia grande oposición que temer, y aun se adelantó á su servidumbre; tanto anhelaba aproximarse al teatro de los acontecimientos. Esperando permanecer largo tiempo en la frontera de España y recibir allí muchos príncipes y princesas, mandó

(1) Esta carta se encuentra testualmente copiada y discutida, en cuanto á su autenticidad, en una nota especial que he creído deber colocar al final de este volumen para no interrumpir mi relato. En esta nota he querido discutir los puntos principales del asunto de España y establecer los fundamentos sobre que descansan mis aseveraciones históricas. La carta de que se trata merece por su importancia una particular atención, y creo haber llegado á probar y explicar su existencia, que estaba en un principio yo mismo dispuesto á disputar.

á la emperatriz que viniera á reunirse con él pasados pocos dias. El 4 de abril llegó á Burdeos, muy impaciente por recibir noticias de Murat.

Pero los sucesos de Madrid, parados un momento porque Murat aguardaba órdenes de París, y porque Fernando VII esperaba tambien á sus dos confidentes principales, el canónigo Escoiquiz y el duque del Infantado, habian vuelto á tomar pronto su curso. Emprendiéndolo todo con su atrevimiento ordinario, Murat no dejaba sin embargo de tener algunas veces graves recelos sobre su conducta y de consultarse á si mismo si habia comprendido bien ó mal las intenciones del emperador. Quedó, pues, admirado al recibir la carta del 30, y á pesar de la idea de que Mr. de Tournon habia divulgado el secreto en Madrid, perseveró con mas celo y mayor astucia en el plan tan poco digno de su lealtad, que habia concebido tan pronto como su señor. El general Savary acababa de llegar con órdenes secretas de Napoleon, perfectamente acordes con las de Murat, y no tenia ya éste que vacilar respecto á la marcha que debia seguir. No reconocer á Fernando VII, inducirle á trasladarse á donde se hallase el emperador; si se resistia servirse de la protesta de Carlos IV para declarar á este rey de España y á Fernando VII como un hijo rebelde y usurpador; arrancar al principe de la Paz de las manos de sus verdugos por humanidad y por cálculo, porque él debia llegar á ser en las circunstancias un útil instrumento, pareció á Murat el plan indicado por los acontecimientos y mandado por otra parte por Napoleon que estaba entonces en camino hácia Bayona. Murat y el general Savary se pusieron de acuerdo

para llevar á feliz término esta difícil trama. Tenian en su mano un cómodo auxiliar, que era Mr. de Beauharnais, tanto mas cómodo cuanto que en su ciega confianza estaba convencido de que nada mejor podia hacer Fernando VII que salir al encuentro á Napoleon para arrojarse en sus brazos ó á sus pies y obtener de él, el reconocimiento de su nuevo título, la confirmacion de lo ocurrido en Aranjuez y la mano de una princesa francesa. Mr. de Beauharnais aconsejaba esta conducta á Fernando, y éste que tenia grande impaciencia por recibir de Napoleon el permiso de reinar, pero que no se atrevia á tomar ningun partido en la ausencia de sus favoritos, prometia hacer todo lo que le indicaba el emperador de Francia en cuanto hubiera reunido en Madrid los hombres en quienes habia depositado su confianza. Habia ya separado de su ministerio á los que pasaban por mas adictos al principe de la Paz, ó que le inspiraban poca seguridad. Habia nombrado para el ministerio de la Guerra á don Gonzalo Ofarril, militar distinguido, encargado en otra ocasion de mandar las tropas españolas en Toscana; para el de Hacienda á un antiguo ministro muy respetado, don Miguel José de Azanza; para el de Justicia á don Sebastian Piñuela, empleado de la misma secretaria. Habia separado al señor de Caballero, único que habia hecho frente al principe de la Paz en los últimos dias, pero al cual se le atribuia en la continuacion del proceso del Escorial un papel poco favorable á los acusados, y habia conservado en el ministerio de Estado á don Pedro Cevallos, humilde servidor del principe de la Paz en toda ocasion, y especialmente en la gran cuestión del

viage de Andalucía, y que pasaba por el personaje mas fiel á la nueva corte, y que tenia á los ojos de esta un precioso título, que era el de detestar á los franceses, á quienes por lo demas estaba pronto á servir si sus armas llegaban á triunfar.

En fin, habiendo llegado el duque del Infantado le nombró como hemos dicho, gobernador del Consejo de Castilla, y comandante de su guardia interior. Tuvo tambien la satisfaccion de volver á ver y de abrazar á su maestro, que habia sido indignamente complicado en el proceso del Escorial, pero al cual amaba por costumbre y descubria su corazon, lo que verificaba con muy corto número de personas. Quiso colmarle de dignidades y hacerle inquisidor general, cuyos honores rehusó el canónigo Escoiquiz con un desinterés fingido, imitando en esto al cardenal Fleuri, y no deseando aparentemente mas que continuar de maestro de su real discipulo, pero aspirando bajo este título á gobernar la España y las Indias. Aceptó solamente el título de consejero de estado y la cruz de Carlos III, como para conceder á su rey el placer de recibir de sus manos alguna cosa. Con estos diversos personajes, con el duque del Infantado y el canónigo Escoiquiz, formó un consejo privado, en donde se acordaban las decisiones mas importantes que debian resolver las grandes cuestiones de que dependian su suerte y la de la monarquía. Las cuestiones que Fernando habia de resolver quedaban reducidas á una sola: ¿saldria al encuentro de Napoleon para ganarse su voluntad, obtener el reconocimiento de su nuevo título y la mano de una princesa francesa; ó bien esperaria con arrogancia en Madrid, rodeado de la fidelidad y del entusias-

mo de la nacion, lo que los franceses se atrevieran á intentar contra la dinastia? Pero antes de resolver esta grave cuestion se habian multiplicado las gestiones obsequiosas para con Napoleon. Despues de haber enviado á su presencia tres de los señores mas distinguidos de la corte, el conde de Fernan-Núñez, duque de Medinaceli y duque de Frias, salió tambien el infante don Carlos con orden de ir hasta Burgos, Vitoria, Irun y aun hasta el mismo Bayona si era necesario llegar hasta allí para encontrarle. Dada esta primera muestra de aprecio á Napoleon faltaba saber que concesiones se harian para asegurarse su favor en el caso en que pretendiera constituirse árbitro entre el padre y el hijo. Empleáronse muchos dias en deliberar sobre tan difícil asunto.

Primero hubiera sido preciso saber lo que se proponia Napoleon con respecto á España, cuando habia reunido á los treinta mil hombres enviados á Lisboa, otro ejército que se calculaba por lo menos en ochenta mil, y cuya marcha por Bayona y Perpiñan, Castilla y Cataluña, indicaba otro objeto que Portugal. Los consejeros de Fernando, tanto los que acababa de introducir en el ministerio, como los que ya formaban parte de él en tiempo del principe de la Paz, ignoraban absolutamente el secreto de las relaciones diplomáticas con la Francia. El señor de Cevallos, ministro de Estado, no habia sido iniciado en ninguna de las negociaciones dirigidas en París por el señor Izquierdo. El principe de la Paz y la reina eran los únicos que las conocian, y el rey Carlos IV no sabia tampoco mas que lo que querian decirle. Por otra parte, aquellas negociaciones, como afirmaba con saga-

cidad el señor Izquierdo, no eran tal vez mas que una añagaza para ocultar con fingimiento las intenciones secretas de Napoleón.

Así es, que los consejeros de Fernando antiguos y modernos, ignoraban lo que sabia el príncipe de la Paz, y éste mismo no sabia tampoco lo que el señor Izquierdo habia mas bien adivinado que conocido de una manera cierta. Mientras se deliberaba, llegó á Madrid un pliego del señor Izquierdo dirigido al príncipe de la Paz, y escrito en París el 24 de marzo antes que se supiese en aquella capital la revolucion de Aranjuez. En aquella comunicacion, el señor Izquierdo referia los pormenores de la negociacion ficticia que existia entre los gabinetes de París y Madrid. Según aquella negociacion, parecia que Napoleón exigia un tratado de alianza perpétua entre ambos estados, que se abriesen las colonias españolas á los franceses, y en fin, para ahorrarse las dificultades del paso de tropas destinadas á la ocupacion y custodia de Portugal, el cambio de este reino por las provincias del Ebro, situadas al pie de los Pirineos, como Navarra, Aragon y Cataluña. Con estas condiciones, «escribia el señor Izquierdo,» el emperador Napoleón daria al rey de las Españas el título de emperador de las Américas, aceptaria á Fernando VII por heredero presuntivo de la corona, y le concederia la mano de una princesa francesa. Decia ademas, que habia combatido con todas sus fuerzas aquellas condiciones, especialmente la de la cesion de las provincias del Ebro, pero que no habia obtenido resultado alguno. No añadia, porque lo habia dicho ya de viva voz en su corta permanencia en Madrid, que Napoleón que-

ria otra cosa, y aspiraba á apoderarse de la corona. El contenido de esta comunicacion era exacto, porque el señor Izquierdo habia hecho aquella proposicion al emperador, ofreciéndole si lo deseaba concluir con aquellas condiciones, un arreglo con la corte de España.

Los consejeros de Fernando, al recibir el pliego del señor Izquierdo, que no iba dirigido á ellos, se creyeron, en su ignorancia de los hombres y de las cosas, completamente iniciados en el secreto de la política de Napoleón. Suponian de buena fé, que entre los gobiernos de Francia y España, no se trataba de otra cosa que de las cuestiones de que hablaba la comunicacion del señor Izquierdo, y que Napoleón no pensaba de modo alguno apoderarse de la corona de España. He aquí como racionaban. Como verdaderos españoles, no podian admitir que el emperador se aventurase á arrostrar el poder de España hasta el punto de quererse apoderar de la corona. Tampoco admitian que tuviese semejante deseo. ¿Después de las batallas de Austerlitz y de Jena, no habia dejado en su trono á los soberanos de Austria y de Prusia? Hasta entonces no habia destronado mas que á los Borbones de Nápoles, que se habian grangeado aquel tratamiento severo por una traicion imperdonable. Pero la corte de España no merecia semejante suerte, porque habia al contrario prodigado todos sus recursos en servicio de la Francia. No se trataba, pues, según los consejeros de Fernando, sino de saber si se permutarian algunas provincias del Ebro por el Portugal, si se abririan las colonias españolas á los franceses, y si se consentiria en una alianza que